

FRANCISCO BARALLE

por Alberto Kornblihtt



Mi semblanza de Francisco (Tito) Baralle será predominantemente personal. Hablaré de mi maestro y amigo por más de 35 años, influenciado por el afecto y la admiración que eso conlleva. Conocí a Tito en julio de 1980 cuando él ya tenía su propio grupo en Inglaterra y yo era estudiante de doctorado dirigido por Héctor Torres, en el Instituto de Investigaciones Bioquímicas, Fundación Campomar de Buenos Aires. Tito había sido invitado por Israel Algranati para dar un curso teórico-práctico de biología molecular e ingeniería genética en Campomar. Los tesisistas, que hasta ese momento sólo clonábamos genes en forma teórica, es decir leyendo papers, tuvimos la primera oportunidad de aprender a hacerlo de la mano de un pionero: alguien que trabajaba con Fred Sanger en el famosísimo Laboratorio de Biología Molecular del Medical Research Council (MRC) de Cambridge, Inglaterra. Sanger había sido el primero en obtener la secuencia de aminoácidos de una proteína, por lo que ya había recibido su primer Premio Nobel en 1958 y ya había inventado un ingenioso método para secuenciar ADN, por lo cual recibiría su segundo Premio Nobel en octubre de 1980.

El curso dictado por Tito fue espectacular e inmediatamente surgió la idea de que, una vez rendida

mi tesis doctoral, fuera a hacer mi postdoctorado a su laboratorio. Tito ya había elucidado las peculiaridades de las secuencias de bases de los ARN mensajeros y la relación con sus respectivos genes y sus trabajos habían sido "tapa" de la inalcanzable revista Cell. Además Tito reunía otras características valiosas para guiar a un postdoc argentino: había hecho su tesis doctoral en nuestro país y por lo tanto conocía las dificultades de investigar aquí, pero a su vez era consciente del entusiasmo y la mística que tenían los jóvenes doctores argentinos y la pasión que ponían cuando iban a trabajar al extranjero. De hecho él había sido uno de ellos y se había abierto camino en el exigente ambiente del MRC de Cambridge con rigor, originalidad y un esfuerzo personal que lo había llevado incluso a compensar, lavando vidrios, los escasos estipendios de una beca del British Council al comienzo de su aventura inglesa.

A los pocos meses de haber acordado que solicitaría una beca externa del CONICET para ir a Cambridge, Tito me anuncia por carta (era una era sin fax ni email) que su grupo se muda a Oxford y me pregunta que si igual quiero ir. ¡Qué pregunta! Claro que sí, cómo no voy a ir. Si bien en Cambridge se descubrió el electrón (Thomson) y la doble hélice del ADN (Watson y Crick), Oxford no se queda atrás con la ley de los gases de Boyle y la invención del término célula (Hooke). Además, las dos universidades compiten pero se consideran a sí mismas las únicas, a tal punto que los de una llaman a la otra "the other place". Por otra parte, era un gran avance para él ya que se convertía en un "don" (profesor) de una de las universidades más prestigiosas y elitistas del mundo, cargo para el cual los ingleses de alcurnia pagan miles de libras en educación y Tito llegaba, con orgullo y modestia, desde nuestra educación argentina pública y gratuita.

Gracias a Tito, los tres años que pasé en Oxford de 1981 a 1984 marcaron la forma y el contenido de mi ciencia hasta el presente. Él era el maestro ideal. Le encantaba ver los resultados crudos, analizarlos detalladamente, ver la evidencia con sus propios ojos, sospechar de los artificios y entusiasmarse con los descubrimientos. Jamás pretendía

imponer su criterio ni daba órdenes. Con él aprendí el verdadero sentido del director de una investigación. Aprendí que para ser jefe basta con ordenar, pero que un verdadero director guía y orienta. Recuerdo una metáfora recurrente en su discurso: "Si fuera vos, yo haría tal cosa..." Esta fórmula da libertad de acción pero a su vez marca el camino de quien tiene más experiencia. Y lo más importante, estimula el respeto intelectual por el director. Sin ese respeto, lamentablemente poco frecuente en la mayor parte de las relaciones jefe/becario, es imposible construir un marco epistémico productivo.

El laboratorio de Tito en Oxford era un hervidero de latinidad. Dominábamos los postdocs y jóvenes investigadores italianos y argentinos a quienes Tito se dirigía en voz alta en sus respectivos idiomas ante la sonrisa atónita de los colegas británicos. La conexión italiana de Tito era muy fuerte. De hecho, pese a ya ser Doctor en Química y Profesor de Oxford, Tito estaba completando sus estudios de Medicina, iniciados en Buenos Aires en 1968, en forma libre en Italia y viajaba regularmente a Nápoles para hacer prácticas y rendir exámenes. Tito desarrollaba su múltiples facetas: el químico orgánico, formado con Eduardo Gros en Buenos Aires, desarrollaba la síntesis de oligonucleótidos en Oxford; el genetista molecular clonaba y secuenciaba genes alterados en enfermedades metabólicas en la misma ciudad; el médico veía pacientes en Nápoles; el microbiólogo usaba sus artes para producir su propia cerveza en casa y el deportista ganaba todos sus partidos de squash y recorría en

bicicleta, con o sin nieve y cuatro veces al día, los 12 kilómetros que separan el laboratorio de Oxford de su casa en Kidlington, donde el padre de familia velaba por su mujer y sus cuatro hijos. Todo esto hecho con un enorme derroche de bonhomía porque, si hasta ahora no quedó claro, Tito Baralle es, ante todo, una buena persona. Y esa condición, juntada con inteligencia y sagacidad, se torna explosiva.

Las pinceladas de los tiempos de Oxford son representativas de la semblanza de Tito. Desde mi vuelta a la Argentina en 1984 seguí interactuando con él profusamente y viéndonos al menos una vez al año. Años después Tito pasó por una importante posición en Milán para luego ser nombrado Director General del International Center for Genetic Engineering and Biotechnology (ICGEB) de Trieste, con sedes asociadas en Nueva Delhi y Ciudad del Cabo. Desde este lugar Tito ha ayudado a crecer a la ciencia del "Tercer Mundo" con subsidios, becas y cursos y, quizás más importante aún, ha entrenado expertos y transferido tecnología de ADN recombinante para producir fármacos a países pobres que de esta manera desarrollaron capacidades independientes de las grandes multinacionales farmacéuticas. Tuve el privilegio de ser miembro del Consejo Científico del ICGEB durante 9 años y apreciar la obra gigante impulsada por Tito y el increíble reconocimiento y respeto que recibía de los representantes científicos de los países de Asia, África y América Latina por la tarea realizada. Era emocionante

ver la admiración por Tito de gentes de todos los acentos, todos los colores, muchos de ellos vistiendo saris y turbantes: las reuniones del Board of Governors del ICGEB parecían la asamblea de las Naciones Unidas y Tito, su presidente.

Esta semblanza no pretende hacer un pormenorizado análisis de la producción científica de Tito. Ya hemos dicho que fue un pionero en el clonado, secuenciación y caracterización de los genes eucariotas. Eran épocas en que los genes se analizaban uno a uno, cosa que él y muchos otros consideramos válida aun en el presente, donde las estrategias "genome-wide" están a la orden del día, aunque a veces con magros resultados conceptuales. Tito es pionero también en entender los mecanismos del "splicing" alternativo, el proceso que afecta al ARN mensajero y hace que cada gen pueda producir numerosas proteínas. Más recientemente el mundo científico descubrió que una proteína, llamada TDP43, que Tito estaba estudiando intensamente por su papel en el control de la expresión genética, resultaba clave en la etiología de numerosas enfermedades neurodegenerativas. Este hallazgo puso el trabajo de Tito en la palestra y demostró, una vez más, cómo la ciencia básica que estudia mecanismos moleculares desemboca, tarde o temprano, en avances en medicina y tecnología.

En resumen, Tito Baralle es un ejemplo de científico y de persona difícil de emular y me temo que toda semblanza se queda corta para quien no lo conoce personalmente.